

# Mensajero del Archivo Histórico

*Juan Agustín de Espinoza, SJ*

de la



Vicerrectoría Académica  
Torreón, México. 28-II-2003

Buzón electrónico: [sergio.corona@lag.uia.mx](mailto:sergio.corona@lag.uia.mx)

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

**Revista virtual reconocida por la UNESCO**

[http://www.unesco.org/webworld/portal\\_archives/pages/Internet\\_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml](http://www.unesco.org/webworld/portal_archives/pages/Internet_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml)

Ediciones anteriores del **Mensajero**:

<http://www.lag.uia.mx/publicaciones/mensajero/catalogo-mensajero.htm>

Ing. Juan Ricardo Herrera Valenciano, S.J. Rector  
Mtro. Carlos Portal Salas. Vicerrector Académico  
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

número **54**

## ÍNDICE

página

|  |          |
|--|----------|
| <b>Noticias del Archivo Histórico</b>                            | <b>2</b> |
| <b>Necesidad social y cultura material</b>                       | <b>3</b> |
| <b>El Mostrador. La primera y sonriente enseñanza de Garrido</b> | <b>5</b> |
| <b>Libros del Archivo Histórico</b>                              | <b>9</b> |

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez Alemania \* Argentina \* Brasil  
Canadá \* Colombia \* Chile \* España \* El Salvador \* Estados Unidos de Norteamérica \* Francia  
Guatemala \* México \* Noruega \* Reino Unido \* Suecia \* Uruguay \* Venezuela

Comité editorial del "Mensajero": Sra. Cristina Solórzano Garibay. Lic. Marco Antonio Morán Ramos.  
Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

## **Noticias del Archivo Histórico**

### **Nuevas adquisiciones documentales**

Los manuscritos de interés nacional e internacional continúan fluyendo hacia el Archivo Histórico JAE de la Universidad Iberoamericana Torreón. Próximamente esta institución recibirá la visita de don José Casas y Sánchez, conocido hombre de negocios retirado, historiador y escritor, quien donará a nuestro Archivo la colección original de documentos coloniales y del siglo XIX que lleva su nombre y que posee gran relevancia para la historia de México.

El Archivo Histórico *Juan Agustín de Espinoza, sj*, cuenta con el prestigio de la Universidad Iberoamericana Torreón y la solidez moral de la Compañía de Jesús, rasgos que garantizan la preservación y el buen uso de los materiales documentales que recibe en donación.

### **Presentación de nuevo libro**

El viernes 14 de marzo será presentado el sexto título de la *Colección Lobo Rampante*, mismo que lleva por título *Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale*. La introducción del libro corrió a cargo del Dr. Carlos Manuel Valdés Dávila, y la paleografía correspondió al Dr. Sergio Antonio Corona Páez. El nuevo título será comentado por el autor, por Jaime Muñoz Vargas y por Sergio Antonio Corona Páez.

### **Galería fotográfica “en línea”**

En unos cuantos días, la página web del Archivo Histórico contará con una nueva sección denominada “Galería Histórica Virtual”. Esta galería constará de cuatro secciones principales —formadas con materiales donados— que llevarán por nombre “La Laguna en gráficas”; “Galería de imágenes comentadas”; “Muestra temporal” y “Sociales de todos los tiempos”. Este será un nuevo servicio gratuito con el que la Universidad Iberoamericana Torreón apoya a la historiografía regional.

## **Necesidad social y cultura material**

**Sergio Antonio Corona Páez**

Una de las maneras más interesantes y apasionantes para representarnos la mentalidad y la vida cotidiana de las sociedades del pasado es a través del concepto de “cultura material”. Con este nombre podemos denominar todos aquellos aspectos tangibles que hacen referencia a las necesidades de una sociedad dada, en cierto lugar y momento de la historia.

Desde luego, la manera como se resuelvan las necesidades, e incluso lo que se experimenta como necesidad depende de la sociedad, lugar y época de que se trate. Las necesidades también son históricas, no son inmutables y eternas.

En la Comarca Lagunera urbana y suburbana de principios del siglo XXI, el televisor es un artefacto con el que los comarcanos resolvemos ciertas necesidades (necesidades impensables, por inexistentes, para los laguneros del siglo XVIII), como las siguientes: información instantánea (noticieros en vivo), información científica o divulgativa (documentales), entretenimiento (fútbol; videoclips; telenovelas, películas); entretenimiento y/o identidad regionales (nuestro equipo de fútbol contra sus pares del país), identidad nacional, etc.

En la Comarca Lagunera, como en muchas otras regiones del mundo, la existencia de un significativo número de artefactos electrónicos a los cuales llamamos *televisores*, nos remite a las implicaciones sociales de la posesión y uso de tales artefactos. Existe una también significativa audiencia receptora. Este fenómeno nos da cuenta de que en nuestros días es posible —gracias al mejoramiento en las condiciones laborales, y por lo tanto económicas— contar con tiempo libre para el entretenimiento.

De acuerdo a las necesidades propias de la clase social y dependiendo del ingreso, es posible generar excedentes para adquirir uno o varios de estos artefactos. El telerreceptor supone además la existencia de la energía eléctrica —relativamente económica— distribuida de manera eficiente a los hogares o sitios de trabajo. La invención y posesión del televisor supone la existencia de verdaderas cadenas de innovaciones como los bulbos, transistores, chips y microchips.

En pocas palabras, un simple artefacto —cualquiera que éste sea— supone toda una cultura que le da origen, uso y sentido. Se sitúa en una sociedad, en una época, incluso

en una determinada percepción de la noción misma de necesidad. Al volver a nuestro ejemplo, diremos que en la Comarca Lagunera del siglo XVIII, el televisor y la televisión era impensables porque no habían surgido las condiciones económicas, sociales, tecnológicas ni ideológicas que crearon la necesidad de su invención y que le dieron sentido como innovación en el siglo XX.

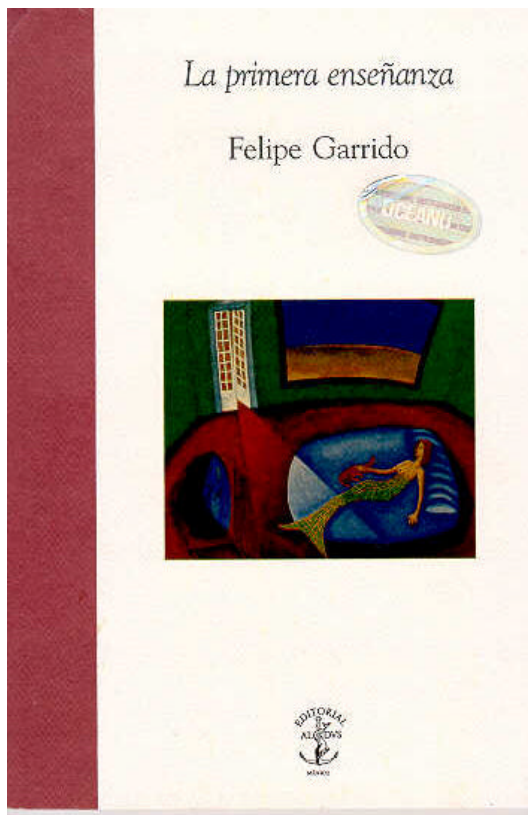
En cambio, hay artefactos que se usaron en nuestra Región en otras épocas, cuyo uso era muy congruente con su propio tiempo y circunstancias. Un caso típico es el “garabato”, es decir, la jaula, canastilla o gancho en el que se colgaba la carne fresca o seca y también los embutidos. En nuestros días resolvemos esa necesidad —que se reduce a la conservación en buen estado de los alimentos— con el refrigerador, el congelador y la química. Sin embargo, en el siglo XVIII la necesidad que mantenía en uso al garabato era la protección, más que la conservación. Es decir, la carne seca y los embutidos ya estaban tratados para que duraran algún tiempo sin descomponerse (con las técnicas del deshidratado, conservación en salmuera, vinagres, escabeches, etc). La verdadera necesidad en aquel tiempo consistía en que esos alimentos debían ser protegidos de ratones, gatos, perros u otros animales. El garabato nos habla de condiciones de ruralidad, de familias que convivían o interactuaban en un mismo entorno espacial con animales “domésticos” tales como ratas y ratones. La higiene como práctica urbana de asepsia cotidiana —es decir, nuestro concepto de higiene— todavía no existía. El exterminio de estos “bichos” —ratas y ratones— no era percibido como una necesidad apremiante. Su existencia y contigüidad eran algo tan cotidiano en el mundo rural, que ni los señores ni las señoras o señoritas se hysterizaban o desmayaban ante su vista o presencia. La reacción individual ante esos animales estaba y está determinada socialmente, se aprende. La proliferación —no la presencia— de ratas y ratones se resolvía por medio de la convivencia estrecha y cotidiana del ser humano con otro animal que era apreciado por su utilidad, más que por su compañía: el gato. Un gato o dos podían ahuyentar a los roedores y controlar su abundancia. Pero entonces surgía una nueva situación: había que preservar carnes y embutidos de la amenaza del gato. Había que estar, literalmente, “con un ojo al gato y otro al garabato”.

Así, cualquier artefacto nos puede contar una interesante historia sobre el uso que una sociedad le asigna, la necesidad que resuelve, la percepción de la necesidad en sí

misma, la ideología que le sustenta, o el sentido que cobra en las circunstancias socio-espacio-temporales que le dan o dieron origen.

Si se tienen presentes estos conceptos al estudiar un moderno catálogo de ventas o un inventario de bienes de la era virreinal, la simple e intrascendente percepción acrítica de objetos se puede convertir en un interesantísimo ejercicio de descripción, análisis y explicación de los usos, valores, costumbres y mentalidad de una sociedad, una clase social, un lugar y una época. Sería el estudio de la sociedad a partir de sus artefactos, aunque de éstos subsista solamente el testimonio documental.

## EL MOSTRADOR



**LA PRIMERA Y SONRIENTE  
ENSEÑANZA DE GARRIDO**

JAIME MUÑOZ VARGAS

Tal vez no haya género más movedido que la novela. Por su extensión, por el misceláneo tratamiento estructural que posibilita, por la cantidad de personajes que admite, por su

facilidad para engullir otros discursos prosísticos y hasta poéticos —recordemos *El cumpleaños de Juan Ángel*, novela de Benedetti escrita en verso—, por todo eso y más la novela es una especie de glotona de la realidad y de la fantasía. En ese recipiente cabe prácticamente todo, y su regla principal, si se pudiera legislar un poco en dicho caso, es que no tiene regla. Esto no significa que su cláusula fundamental sea el caos. Al contrario (y es allí, de hecho, donde puede estar escondida una modesta clave para saber lo que es una novela): por muy anárquica que parezca, por muy experimental que pretenda ser, en el fondo de toda creatura novelística debe respirar un propósito que la vertebre. En otras palabras, una novela es novela cuando independientemente de su transgresividad insinúa lazos comunicantes entre sus capítulos, cuando hay, así sea tenuemente expresado, un río subterráneo que la irriga. Este es el caso de *La primera enseñanza*, obra de Felipe Garrido que comprueba una vez más la poliédrica complejidad que puede adquirir el objeto novelesco y la sutil enhebración que el autor debe dar a sus historias.

Felipe Garrido nació en Guadalajara en 1942. Además de su trabajo literario como narrador, ensayista, antologador y traductor, este jalisciense es un destacado editor, periodista, conferenciante, infatigable trotasuelos como promotor de la lectura y funcionario público en el ámbito de la cultura, particularmente el área de las publicaciones. Su obra en libro es cada vez más amplia y diversa, y en ella sobresale, entre otros, *Tajín y los siete truenos*, *Viejo continente*, *La urna y otras historias de amor*, *La musa y el garabato*, *Tierra con memoria y otros ensayos*, *Del llano*, *Enamorado de Sor Juana*, *El buen lector no nace, se hace*, además, por supuesto, de varios libros colectivos y numerosas antologías organizadas por su mano. Garrido es, sin vacilación, un autor importante de nuestras letras, un tejedor de palabras lo suficientemente callado como para demostrar que la buena fama, la que perdura, procede del oficio, de la persistencia y del talento mucho más que de cualquier mercadotecnia.

En su más reciente obra, *La primera enseñanza*, lo primero que atrapa la atención del lector es, precisamente, el título. De lejos da la impresión de ser un libro didáctico, escrito con solemnidad y tesura. Es sólo una finta para distraer el lector. A partir del título, el autor ha engarzado 53 breves capítulos donde en efecto hay intención didáctica, misión edificante, filo moralista, pero todo esto enunciado con una actitud ubicada a caballo entre la seriedad y la socarronería, entre las burlas y las veras. De allí pues la necesidad de repensar el título de esta pieza y concluir que bien podría denominarse *La primera y*

*sonriente enseñanza* de Felipe Garrido. He aquí el más notable acierto de este libro: estamos acostumbrados a decir o escuchar "enseñanza", "educación", "sabiduría", "superación personal", "paz", "armonía con la naturaleza", "formación valoral" y rápido dibujamos en el rostro el gesto de la trascendencia. Nos almidonamos el alma para hablar de aquellos pensamientos superiores, doblamos muy bien cualquier jovialidad, la colgamos en el *closet* y encorbatados desmenuzamos esos Grandes Temas con actitud de dómynes. Pensemos, por ejemplo, en la caterva de motivadores profesionales y su enorme máquina de embustes, puro sentido común medianamente estructurado y dicho con mala prosa y siglas mnemotécnicas y bobaliconas: SOPA (Sistema Operativo Propulsor de Actitudes), VAMOS (Valoración Auténtica de Mecanismos Optimizadores de Seguridad).

Garrido se prohibió esas sequedades desde el capítulo inaugural: muestra que quiere ser edificante (su paráfrasis al Génesis y de muchos relatos bíblicos lo hace ver así), pero de golpe se instala en una historia que con sorna nos aventará verdades a lo largo de *La primera enseñanza*. Una larga concatenación de pinceladas sarcásticas del marinero protagonista se anuda al trasfondo filosófico que humedece todo el libro. La combinación no podía ser más novedosa: para no ser tomado como un aleccionador cejijunto, la estrategia narrativa consiste en desacralizar, en quitarle las sandalias al marinero ilustrado y ponerle un par de tenis. En otras palabras, los voceros de las cuatrocientas verdades (el marinero, el cantinero, el hijo músico, el carnicero, Elizabeth y todos los que alguna vez cuentan algo en este libro pletórico de subrelatos) son seres ordinarios, no profetas hieráticos de barba blanca y túnica desgarrada. La reflexión sobre lo trascendente, pues, en esta novela ha tomado la calle, la playa, el bar, dice albueros, bebe ron, echa habladas y nunca se enuncia como dogma, sino escépticamente, con toda la relatividad que puede tener lo afirmado por un falible ser humano.

La sutil compactación de *La primera enseñanza* no radica en el embonaje de un argumento apretado; casi pudiera decirse que no hay una historia, sino tantas como trancos tiene la novela. Algo recuerda la fragmentariedad de *La feria*, esa hermosa obra de arte esculpida por don Juan José, o *La cruzada de los niños*, de Marcel Schwob. En otros sitios radica la unidad: por supuesto que en los personajes, empezando con el marinero que regresa a la isla para que su verbo haga de las suyas. Pero no es sólo allí donde la novela se hace novela, bella novela: la atmósfera es la misma en todo el conjunto de cuadros, y, junto a ella, el tono narrativo oscilante de lo serio a lo jocoso le da originalidad y

macizura. Ese tono narrativo basa su eficacia en la oralidad: los personajes desenvuelven su discurso con viveza y, por ello, uno siente leerlos más con las orejas que con los ojos. Por ejemplo, aquel hermoso pasaje, el número 21, donde el marinero explica (y ojo con la insistencia en el verbo *decir*, clave del estilo oral que atraviesa a todo el libro):

Una noche, el marinero ilustrado estuvo elocuente. Cuando por fin se bajó de la mesa en que estaba hablando, vio que alguien se había bebido su vaso de ron. Un velo apacible, sin embargo, cubrió su mirada:

—Nada es más importante —dicen que dijo— que saber que nada es mío. Para comprenderlo necesito olvidarme de mi persona y sentir la unidad del universo. Yo quedo en un segundo plano, pero el universo es mío; no hay diferencia entre el universo y yo. Todo me pertenece y todo es de los demás.

Dicen que después, en voz baja, dijo que, sin embargo, él no podría hacer nunca lo que el bienaventurado con los ladrones. De cualquier forma, tuvo que pedir otro vaso de ron, y procuró no perderlo de vista.

He aquí un momento paradigmático: “dicen que dijo” el marinero (todo es recordado por la tradición oral en esta isla) que “nada es mío” y “todo es de los demás”. Mientras habla, el marinero pierde de vista su vaso de ron, se lo roban, y al final de aquella alocución en su tribuna, que es la mesa del bar, aunque todo sea de todos solicita otro ron y procura no perderlo de vista. Parece, es, una contradicción, una inconsecuencia del marinero ilustrado. No lo es. Lo que significa, en esencia, es que la verdad no puede ser absoluta, que debemos relativizar un poco para no morir aplastados por el dogmatismo. Por eso el marinero pide su ron y ahora sí decide custodiarlo, evitar que algún otro piense que también es de él.

Ese humor asordinado quizá tiene alguna resonancia de la sonrisa de Juan Rulfo, pero mientras allá en el hacedor de Comala hay una sonrisa visceralmente atornillada a las pasiones humanas, en *La primera enseñanza* la sonrisa surge del cerebro, se hace filosofía sin solemnidad ni mamotretos ni verdades acabadas. No es conocimiento, en suma, sino sabiduría expresada campechanamente, desde la cantina, como en este momento (“Los ladrones y el bienaventurado”, tranco 25):

—Hombre santo en verdad —dicen que dijo el marinero ya tarde, cuando quedaban unos cuantos parroquianos—, el que conocí en un puerto de otros mares.

“Una noche, dos ladrones entraron a su casa con unos costales. El hombre los veía, desde su habitación, pero no hizo nada por detenerlos ni por pedir ayuda. Hasta que uno de los ladrones, con hambre, tomó una pieza de



pollo de un plato que estaba en la cocina. Entonces el santo salió de su cuarto, tranquilizó a los muchachos y les dijo: —Todo se los regalo. Pero no coman de ese plato. Allí comió un enfermo grave y pueden contagiarse.

Felipe Garrido ha señalado que ‘*La primera enseñanza* es aprender a dudar lo que se nos dice, cuestionando el hecho de que la verdad es absoluta y que ésta puede tener cuatrocientos rostros y, si alguien mira intensamente uno de ellos, puede llegar a percibir una verdad relativa’. *La primera enseñanza* nos enseña, con humor y personajes ordinarios y la prosa espléndida de siempre en Garrido, que vivimos en un mundo con millones de cabezas. Justo es que aprendamos a relativizar un poco para no terminar matándonos, para más bien terminar en el amor sin palabras ni explicaciones, en el amor a secas que Elizabeth le dedica al marinero en el ocaso del libro. Esta es, en fin, una novela sobre la tolerancia con miles de nobles ideas levantadas por seres ordinarios y falibles y sin rostro adusto. No es ocioso invertir un poco de tiempo en ella, leerla, disfrutarla. Seguramente los lectores terminarán agradeciéndola a su autor.

*La primera enseñanza*, Felipe Garrido, Aldus, México, 2002, 98 pp.

## LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO

### COLECCIÓN LOBO RAMPANTE

*pedidos, por favor a: [acequias@lag.uia.mx](mailto:acequias@lag.uia.mx)*

**1.- Una disputa vitivinícola en Parras (1679).** Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**2.- Censo y estadística de Parras (1825).** Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**3.- Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdé Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**4.- Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII.** Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**5.- Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819).** Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**6.- Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale.** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:**

<http://www.lag.uia.mx/archivo/ArcHistorico/loborampante/loborampante.htm>